

Sombreros que levitan. Guillermo Ruiz Plaza.
La Paz: Editorial 3600, 2026

Willy Camacho Sanjinés

Editorial 3600

Correo electrónico: willycamacho@gmail.com

Conocí a Guillermo Ruiz Plaza en el primer año de la carrera de Literatura de la UMSA. Éramos apenas unos muchachos que comenzaban a descubrir a Borges, a Vallejo, a Cortázar y a tantos otros autores que, en aquel entonces, nos parecían la puerta de entrada a un mundo inagotable. Poco después, Guillermo partiría a Francia para continuar sus estudios, pero la amistad sobrevivió a la distancia, como sobreviven las amistades verdaderas: alimentada por las conversaciones que se retoman después de meses o años como si hubieran quedado suspendidas el día anterior.

Por eso, leer *Sombreros que levitan* tiene para mí una dimensión particular. No porque el libro necesite de la amistad para sostenerse —su valor literario es independiente de cualquier vínculo personal—, sino porque encuentro en estas páginas algo que he reconocido siempre en Guillermo: una atención extraordinaria hacia el mundo. Una atención que se manifiesta en la lectura, en la conversación, en la observación de las ciudades y los paisajes, y también en los pequeños detalles de la vida cotidiana.

Quizá por eso no me sorprendió descubrir que Guillermo encontrara en la crónica un territorio natural para su escritura. Quienes hemos seguido su trayectoria sabemos que Guillermo nunca ha sido un escritor cómodo dentro de las fronteras genéricas. Poeta, narrador, ensayista, lector apasionado, su obra ha transitado constantemente entre registros diversos. En *Sombreros que levitan*, esa vocación híbrida alcanza una de sus expresiones más logradas.

Él mismo cuenta, en la nota que abre el libro, que llegó a la crónica casi por accidente, cuando comprendió que podía escribir “un cuento donde todo fuera verdad”. La definición resulta iluminadora. Estas páginas no responden al modelo tradicional de la crónica periodística. Son piezas donde la investigación histórica convive con la memoria personal, donde el ensayo dialoga con la narración y donde la experiencia íntima se convierte en una forma de exploración del mundo.

El libro se despliega entre dos geografías que constituyen los polos fundamentales de la experiencia vital del autor: La Paz y Toulouse. En un extre-

mo están las crónicas que rescatan episodios, personajes y mitologías de la ciudad paceña; en el otro, las que registran la experiencia del desplazamiento, la vida en Francia y la construcción de una identidad que habita simultáneamente varios territorios.

Entre los textos más memorables destaca “Los Marqueses: esplendor y caída”, donde Ruiz Plaza reconstruye uno de esos episodios que parecen pertenecer a la leyenda urbana paceña y que, sin embargo, forman parte de nuestra historia reciente. Pero incluso cuando aborda materiales documentales, el autor evita la frialdad del dato. Lo que le interesa no es únicamente contar lo que ocurrió, sino comprender qué significó para quienes lo vivieron y para quienes heredaron esas historias.

Esa misma sensibilidad atraviesa las páginas dedicadas a Francia, a sus calles y a sus ríos. Allí aparece uno de los grandes temas del libro: la relación entre memoria y tiempo. Las ciudades europeas son observadas desde la experiencia de quien nunca deja de mirar el mundo con ojos paceños. El resultado no es nostalgia, sino una reflexión profundamente literaria sobre el desarraigo, la pertenencia y la construcción de la identidad.

La prosa de Guillermo posee una cualidad cada vez más rara: sabe ser elegante sin volverse enfática. Hay en ella una precisión que probablemente proviene de la poesía, pero también una naturalidad narrativa que impide que el lenguaje se convierta en exhibición. Cada frase parece haber encontrado exactamente su lugar.

A este universo verbal se suma el trabajo de Miguel Mealla Black. No es la primera vez que ambos artistas colaboran, y eso se nota. Mike Black ha puesto su arte en las portadas de los últimos libros de Guillermo, y esta vez dieron un paso más. Existe entre texto e imagen una complicidad que solo puede construirse a lo largo del tiempo. Las ilustraciones no acompañan las crónicas: dialogan con ellas, las expanden, las interpretan. A veces incluso parecen revelar aquello que el texto apenas insinúa.

Los dibujos de Mike Black poseen una extrañeza delicada, una condición onírica que armoniza perfectamente con el espíritu del libro. Sus personajes suspendidos, sus paisajes improbables y sus metáforas visuales crean un segundo relato que corre paralelo al de las palabras. En un libro titulado *Sombreros que levitan*, esa capacidad para hacer visible lo improbable resulta particularmente significativa.

Hace algunos años descubrí una ventaja inesperada de la amistad con Guillermo, y es que cuando él viene de visita a la Íncrita, nos espera siempre una de las obras maestras de la gastronomía paceña: el célebre fricasé preparado por su padre (también Guillermo). Mientras compartimos la mesa y la conversación, suelo pensar que existe una relación secreta entre esa cocina paciente y la escritura que encuentro en estas páginas. Ambas parecen cons-

truidas a partir de la misma convicción: que las cosas importantes requieren tiempo, atención y cuidado.

Tal vez esa sea, en definitiva, la palabra que mejor define este libro: atención. Atención hacia la memoria, hacia las ciudades, hacia los amigos, hacia los libros, hacia los paisajes y hacia los pequeños acontecimientos que suelen pasar inadvertidos. En una época dominada por la velocidad y la distracción permanente, *Sombreros que levitan* nos recuerda que observar con intensidad sigue siendo una forma de conocimiento. Y también, si acaso, una forma de la amistad.